

# En nombre propio: María

---

El relato de María es uno de los veinte relatos que componen el libro "En Nombre Propio: Relatos de vida de mujeres que tuvieron internaciones psiquiátricas prolongadas y ahora viven en la comunidad". Dicho libro surgió como un proyecto conjunto entre el Programa de Rehabilitación y Externación Asistida (P.R.E.A.) del Hospital "José A. Estéves", y mi trabajo de investigación sobre los procesos de transformación de la atención en salud mental, y fundamentalmente, de la evaluación de servicios alternativos a las internaciones prolongadas.

Aunque los relatos como el de María muestran lo reducida que resulta mi pregunta de investigación por los servicios -es claro que la vida de las personas no se reduce a ellos- también pueden ayudar a pensar en los modos en que las personas significan sus internaciones y su retorno a la vida en la comunidad. Difícilmente alguien podrá recuperarse en un servicio de internación prolongada, cuyo sentido de ser es indisociable de la estrategia de separar a las personas de su comunidad.

La inclusión social puede estar lejos de ser algo "extraordinario" o "sorprendente", una genialidad inimitable o una fortuna sin igual. En cambio, puede consistir en llevar una vida similar a la de tantas otras personas de un vecindario: elegir la hora para levantarse, ir a caminar, ir al banco, trabajar, votar, pasear, tener afectos en el barrio o una pareja, ser depositario de la confianza de otros, esforzarse con algún objetivo o reírse sin que eso signifique forzosamente estar descompensada.

María, como eligió llamarse para este relato la autora de la narración, nos presenta de un modo sencillo cómo es posible una vida luego de una internación psiquiátrica prolongada y que en estas páginas se ofrece como un testimonio de recuperación.

**Sara Ardila-Gómez**

*Dra. en Salud Mental Comunitaria  
CONICET, Instituto de Investigaciones Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires*

Me llamo María. Me crié en el campo en Entre Ríos y hace 28 años que vivo por Temperley. Estuve internada en el Hospital «Estéves» y hace once años que estoy de alta. Me sacaron un montón de medicación y estoy muy contenta ahora que estoy afuera porque me siento mejor. Me voy a caminar temprano, a las siete de la mañana, con una compañera de casa y estoy muy contenta porque ahora puedo votar. Yo quería votar y ahora, en octubre, voy a votar. Votar es un orgullo de los argentinos. Para votar hay que estar bien, hay que estar lúcido, hay que estar con la gente. Quiero votar siempre, hasta que me muera. Como una chica normal estoy ahora: porque voto, salgo a pasear, voy al banco a cobrar.

Estoy muy contenta con las compañeras que me tocaron en la casa. Somos cinco: Sonia, Natalia, Beatriz, Mariela y yo, María. Nos llevamos muy bien. Hace 11 años que Mariela y yo vivimos juntas. Beatriz está con nosotras desde hace tres años, Natalia desde hace cuatro años, y Sonia, a quien le decimos la Nona, hace nueve años. Siempre he estado en esa casa, nunca me han cambiado. En el barrio me conocen todos porque yo soy muy familiar, muy mimosa, soy muy cariñosa con toda la gente y por eso a lo mejor la gente me quiere, porque soy muy cariñosa.

Donde nací, en Entre Ríos, había ranchitos. Éramos muy pobres, pero salimos adelante. Fui única hija. A mi papá no lo conocí nunca y a mi mamá tampoco porque mi abuela dijo que murió. Me cuidaba mi abuela, pero yo nunca le dije «abuela». Le decía «mamá». Yo trabajaba y le llevaba toda la plata y ella me decía: «quedate con unos pesitos para que vayas a bailar». Ella falleció cuando yo estaba en el Estéves. Supe porque la psicóloga llamó a Entre Ríos a preguntar y le dijeron: «no, hace dos años que murió esa mujer». Lo tomé bien porque ella fue muy buena conmigo. Tuve una infancia media tristonga pero con ella la pasé bien. Tuve una abuela muy buena.

Fui a la escuela, pero solamente hasta cuarto grado porque mi abuela me dijo: «trabajás o estudiás», y yo quería trabajar para ganar plata. A los 11 años ya empecé a trabajar, a cuidar chicos, a limpiar casas, cosas así. Después cuando estuve internada terminé la primaria. Tenía un permiso de la doctora y ahí conocí a Beatricita, quien vivía cerquita del hospital. Beatricita es ahora mi compañera y vive conmigo en la casa, pero nos conocimos en la escuela. Somos amigas de años, de la escuela, no de ahora. La escuela es a cuadra y media del Estéves y ahí terminé toda la primaria. Y ahora estoy por arrancar la secundaria. Espero que me dé el cerebro. Empecé a estudiar para enfermería en el Gandulfo, pero dejé.

He tenido varios trabajos. Los primeros fueron en Entre Ríos, cuidando a una señora mayor y cuidando a tres varoncitos. ¡Eran de buenitos! Luego trabajé donde otra señora. Después, en la casa de otra chica. En ese entonces era muy joven yo, adolescente. Luego estuve en Buenos Aires cuidando un nenito. Desde los tres meses hasta el año lo cuidé al gordo. Después me fui a Entre Ríos de nuevo. Después de eso descansé un poco y luego fue que busqué en el diario, miré la lista de trabajos y ahí fue que conseguí el trabajo en San Nicolás.

En mi pueblo había un diario y ahí ponían «bolsa de trabajo». Yo busqué y ahí decía que en una calle de mi pueblo había un trabajo, y ahí esa señora me llevó a San Nicolás. Ella era muy buena persona. Tenía tres hijos de cinco, seis y diez años. A la nena que era la más chica yo la bañaba, la cambiaba. Y siempre trabajé con gente así. A mí me encantan los chicos, así que me llevo muy bien con ellos. La patrona que tenía era muy buena persona. La verdad que no me puedo quejar de la patrona que tuve antes ni de las que tengo ahora. A mi patrona en San Nicolás le gustaba como yo limpiaba todo. Y la nena, la chiquita, me decía: «no le pusiste lavandina a la bañera». Me decía eso porque le gustaba el olor a lavandina. Si no le ponía me decía: «no limpiaste el baño» y yo le decía, «mi amor, lo dejo para último».

Estuve ganando buena plata, pude comprarme cosas, y ahora estoy acá en Buenos Aires y trabajo por horas en casas de familia. Trabajo en tres casas por horas. En las casas limpio. Lo hago muy bien, nunca se quejaron todavía de como limpio. Los trabajos los conseguí por hablar. El primer trabajo que tuve fue con la señora frente a casa. Esa fue la primera vez que me dio trabajo. Un día que iba entrando a la casa le dije: «¿señora, no necesita una chica que le limpie la casa?» «Voy a pensar», me dijo. Y al otro día me dijo: «¿usted se animaría a trabajar en mi casa?» «Y, si usted quiere...», le dije. «Yo soy del Estéves», le dije. «No importa» -me dice. «No importa». Y me tomó por dos días, después por un día, después por dos días, y después ya me tomó para siempre. Limpio todo: baño, cocina, dormitorios, el patio, la vereda. El siguiente trabajo lo conseguí por boca, con la hija de una señora.

También ando de novia. El 6 de agosto van a ser once años. A lo mejor voy a la casa de mi novio a pasar este fin de semana con él y su mamá. Él va a mi casa, yo voy a la casa de él, charlo con la mamá. Ella es un amor. A él lo conocí cuando estaba trabajando en la huerta del Estéves, porque antes el Estéves tenía una huerta y cobrábamos el plan 150. Trabajábamos ahí y nos pagaban 150 pesos. En ese momento era plata, ahora no es nada. Él también trabajaba ahí y nos hicimos amigos en tres meses. Éramos amigos, charlábamos, tomábamos el mate juntos y después, un día en el 2004, fui a la casa de él y me dijo que si quería ser la novia. Yo le dije que sí. Y de ahí empezamos.

Tuve otros novios antes. También tengo una hija, pero ahora no está conmigo. La tiene una gente muy buena y yo puedo hablar con la mamá de ella. Y la quiero conocer algún día, pero tengo mucho miedo de conocerla. No sé por qué tengo miedo. Como se lo dije ayer a la doctora, le dije que tenía miedo de conocer a la nena, y me dijo que no tenga miedo, que es una cosa linda eso. Mi hija tiene 26 años. Yo tengo 46. La tuve cuando estaba internada en el Estéves. Por eso la dieron en adopción.

En San Nicolás tuve un novio, y allí también tuve problemas y me trajeron al Estéves. Anduve con gente que no tenía que andar. Ellos estaban en la droga, el chupe. Y la policía me encontró y me trajo al hospital.

Pero yo no vine esposada ni nada. Yo era muy chica e iba embarazada de un mes cuando entré al Estéves.

Lo que pasó fue que la mamá del novio que tenía me amenazó en un baile, un recital de Marcelo Agüero y Darío. Estábamos todos ahí, mis amigas, mi novio con quien ya estábamos peleados. Y, entonces, la mamá me agarra y me dice: "ahora nos vemos a la salida". "Ah, bueno" -le digo yo. Salimos del baile y yo me fui con mis amigas y ella me gritó. Cuando yo era chica también tenía mi carácter. Y, bueno... Estábamos doblando una esquina y la vieja vino y yo estaba en pedo. A mí me gusta la Quilmes, aunque ya no tomo. La doctora me dijo que tome la que es sin alcohol. Pero prefiero mejor no tomar nada porque a mí me gusta con alcohol. Entonces, la vieja estaba borracha. Yo estaba borracha. Estaba todo lleno de barro y yo estaba con una casaca blanca. Yo en esa época no era gorda. Tampoco era flaquita. Era normal. Entonces, la agarré, la tiré al suelo y me decían: "María, María, dejala a esa señora, la vas a matar, vas a ir presa". Llegaron como 20 policías y no me la podían sacar. ¿Sabés lo que son 20 policías? Se armó un lío. Después de ahí me llevaron a la comisaría. Fue muy bueno el trato. Muy buenos los policías. Yo tenía policías conocidos. Después de ahí me pasaron al hospital general en donde estuve otros tres días. Me pusieron en una pieza a mí sola, con custodio de policía. No podía salir a ningún lado. Entonces, viene el doctor y me dice: "María, vamos a un lugar donde va a estar tranquila. Va a tener todo, va a tener televisión, va a tener agua con ducha, va a tener de todo. Es como una colonia a donde la vamos a llevar". Y yo, segura, porque les tenía confianza a ellos. Y me llevaron al «Estéves».

Y llegué al hospital y me encontré con esas cosas: la medicación, me medicaron un montón. Yo en mi vida no había tomado ni una pastilla. Me dieron pastillas de todos los colores: celeste, amarilla, blanca, gris, de todos los colores. Diez a la mañana, ocho a la tarde y doce a la noche. Montón. Y, ahora que salí, la doctora María Rosa me bajó la medicación: tomo dos enteras a la mañana, una entera a la noche y un cuarto a la noche. Comparado, tomo cero, nada, muy poco.

Al hospital llegué tranquila. Cuando estaba en admisión me daban muy poca medicación: dos a la mañana, una a la tarde y tres a la noche. Y entré ahí. Estuve tres días en admisión y me pasaron a «sala cinco». Me tocaron muy buenas enfermeras y muy buenos doctores. Todos, un amor. La verdad que me tocó gente muy buena. En el hospital estuve 18 años. De los 19 a los 35 años que salí el P.R.E.A. Me quedé en el hospital todos esos años porque no tengo familia.

Primero cuando llegué al hospital estuve tres días en admisión. Me tuvieron ahí y había una señora, que nunca me voy a olvidar de esa señora, quien me dice: "Yo la voy a venir a buscar". Pero me pasaron a «sala cinco». A lo mejor volvió a buscarme, pero ya no me encontró.

En el hospital, una vez una señora, una caba que se jubiló, compró un televisor grandote. No me lo compró para mí, para todas las chicas. Yo nunca había conocido

un televisor. Entonces me dijo: "te compramos un televisor, pero lo vas a manejar vos". "Pero yo no entiendo los aparatos estos" -le digo. En el hospital conocí el televisor, la ducha... Y, todo bien. No me dieron ganas de escaparme ni de saltar por los muros del hospital. Pero en «sala cinco» me dieron un montón de medicación. Se me caían las babas. Estaba toda babosa, y había una enfermera hija de su madre que me ponía todos los días una inyección en una jeringa con un líquido blanco. Me dormía. Pero, como decía antes, por un lado, bueno; por un lado, malo. Había gente muy buena y otra que no. Algunas me atendieron muy bien todos los años que estuve. Pero también me hicieron varios bozos, que es que te ponen una toalla o una sábana y te meten la cabeza en un balde con agua y hasta que no pedís perdón no te largan. Es feo. Ese lugar no es para nadie.

En el hospital cuando estuve embarazada me sacaron toda la medicación, sólo me dejaron una para la presión alta. La nena nació en el Evita de Lanús. Yo estuve muy mal, tuve mucha hemorragia, mucha cosa fea. Conmigo estuvo la nena tres días en el Evita. Después la pusieron en una incubadora porque era muy chiquita. Y después me mandaron para el hospital Estéves y me quedé internada ahí porque no tenía familia. Si hubiese tenido familia la nena viviría con mi familia y no con esa gente. Pero estoy contenta porque mi hija es trabajadora y estu- diosa. Lo más importante de la vida.

Cuando me la sacaron a mi hija en el hospital Evita me transformé. Iba a darle la mamaderita a la nena y me dijeron: "Ah, no, la nena está en la incubadora". Entonces yo fui a verla. Te ponen una cofia... Eso que te ponen para ver a los nenitos. Y fui a verla y me dicen: "mañana te dan de alta". Entonces digo: "mañana voy a verla de nuevo". Y me dicen: "la nena no está más". Hice un escándalo que deben estar puteándome todavía, casi mato a un enfermero. "Mi hija, dónde está mi hija". Lloraba, se me caían las lágrimas. ¿Sabés qué es que te digan que tenés que dejar a tu hija abandonada? Es muy triste. Vino una enfermera que era muy buena conmigo, del Estéves, y me decía "calmate, calmate" y me llevó al Estéves. "¿Y mi hija?". "No te preocupes" me decía. Y se me caían las lágrimas. Un hijo es un hijo, ¿sabés lo que es tener un hijo?

En todos esos años no supe nada de mi nena, hasta que Analía hace dos años la encontró. Y yo la dejo que ella avance poquito, que ella quiera conocerme. Yo quiero conocerla. Por fotos sí la conozco. Es igual a mí. El clon mío. He hablado con la señora que la tiene y ella me cuenta que está muy linda, que está trabajando, que tiene muchos amiguitos, que se lleva bien con todos, que estudia mucho. Estudió para maestra.

Un día en mi vida es un día normal, como hacía antes. Me levanto, me baño, me cambio, me lavo los dientes, lavo mi ropa, trabajo, vengo a Libremente a buscar la medicación o a hablar con la doctora, a veces voy a la psicóloga. Ahora tengo que ir donde la ginecóloga, tengo que hacerme la mamografía, todas esas cosas que hacen las mujeres.

Al P.R.E.A. estuvieron como dos o tres meses dicién-

dome que fuera. La doctora Sttopini me dijo: “antes de que yo me vaya a jubilar, a María la quiero afuera, no la quiero adentro”. “María no quiere ir al P.R.E.A.”, le dicen, «porque ella tiene un carácter muy fuerte». Y le digo yo: “no quiero, no conozco a nadie, y yo con mi carácter”. Porque era brava, yo, bravísima. “Qué voy a hacer yo en el P.R.E.A.” decía, “con mi carácter quién me va a aguantar”. Y las enfermeras jugaron 20 pesos a ver si duraba yo afuera tres días, y tres enfermeras votaron, y 11 años llevo. Perdieron plata las tres.

No siempre tuve ese carácter fuerte. Yo era muy respetuosa, muy tranquila. En el Estéves me transformé. Ahí te transformás. Si no te transformás nadie te ayuda. Como yo era la mano derecha de las enfermeras, de la caba y de los doctores, siempre tenía que estar yo. La doctora una vez me dijo: “las enfermeras, que llamen a vigilancia y que se arreglen, vos no tenés que ayudar a las enfermeras”. Yo defendía a las enfermeras cuando alguna de las chicas se obsesionaba y se quedaba mirándolas fijo. Una vez había una enfermera sola, sola, para las ciento y tanto que había en la sala. Una, por todas esas. Ella era jovencita, veintipico de años. Y había una chica que estaba obsesionada con ella. Entonces yo salí y agarré un palo y se lo partí por la cabeza, porque estaba peleando a la enfermera que estaba sola, y se cayó la piba. Se asustó ella, y me asusté yo.

Una vez la señora Esmeralda dijo en una asamblea que yo era un monstruo. Yo le dije, “sí, era un monstruo porque me decían las enfermeras. Pero la doctora María Rosa no quería que haga esas cosas yo”. “¿Cómo van a tener a María de patovica?”, decía. La patovica de la «sala cinco». Nunca me cambiaron de pabellón. Dieciocho años estuve ahí. El hospital te transforma. Vos te tenés que defender. Es bravo.

Volví a cambiar por la doctora. Lo principal es que me sacó la medicación. A la doctora María Rosa la conocí en «sala cinco» con la doctora Sttopini. Me dijo: “María, usted tiene que ir al P.R.E.A. porque usted no tiene que estar más aquí adentro”. “No, doctora”. Me dice, entonces, la doctora: “vas a salir, María. Acá le presento a mi colega María Rosa”. Entonces, le digo: “me voy porque tengo que bañarme”. “No, no, te bañás después, no tenés olor, nunca has tenido olor”. Y me presenta a la doctora María Rosa y ella me dice: “vas a ir al P.R.E.A”. “No, doctora. ¿Qué voy a ir?! Tengo muy mal carácter”.

Entonces me dijo: “mañana la quiero ver allá a las 9 de la mañana. La quiero bien vestidita y bien arregladita para que vaya al P.R.E.A”. La caba me dio ropa limpia, me dio zapatillas limpias, me dio todo limpio. Estuve tres años ahí. En el 2004 salimos de alta. La doctora María Rosa y la doctora Sttopini firmaron mi salida. Salimos a la casa por primera vez, primero por tres días, después por 15 días, después por 20 días y después por un mes. Cuando cumplimos un mes ya nos tiraron toda la ropa afuera para que nos fuéramos a la casita.

En esa época, con mis compañeras con las que nos fuimos a la casita, yo me reía. Me quedaba mirándolas a ellas y me reía. Me cagaba de la risa. Me reía de cualquier pavada. Me miraba las manos y me reía. Me miraba los dedos de los pies y me reía. Entonces, ellas estaban asustadas porque me reía. Así que fuimos a ver a la doctora María Rosa y ella les dijo: “ríanse ustedes también. María está contenta porque está afuera. Está muy feliz y por eso se ríe. Ríanse con María”. “Es que se ríe mucho” -le dicen. “Bueno, síganle ustedes la corriente”. La doctora me salvó la vida. Yo por ella estoy de alta. Yo me reía, de mis manos, de mis pies. Me reía sola. No sé por qué me reía. Y ya después se me pasó.

Y lo último es que me sacaron la insania hace unos días. Fui con Marcela, una psicóloga del programa, y otra chica de anteojitos, no recuerdo el nombre ahora, a San Nicolás al juzgado. Estaba el doctor Jorge y los otros doctores que no me acuerdo los nombres. Me acuerdo del doctor Jorge porque era el que mandaba. La insania la tenía desde el 98. Nos sacamos foto con él, con las chicas, y lloramos las tres cuando salimos: “te sacaron la insania”, me decían. El doctor me la sacó porque dice que estoy bien: tomo poca medicación, manejo mi plata, me manejo yo sola, lavo mi ropa, trabajo en tres casas, como dice en el documento que está firmado por el doctor. Estuvimos charlando con ellos, y después fuimos a la virgencita. Desde cuando salí de ahí no iba a San Nicolás: 29 años. Al sacarte la insania te podés casar, te podés comprar una casa. El doctor Jorge me habló y me dijo: “ahora te podés casar tranquila, podés hacer tu vida normal como hacías antes”. Me felicitó porque encontré a la nena, a mi hijita, y por la espera que estoy haciendo para conocerla. “Ya se van a ver” -me dijo.

Ya nos vamos a ver. ■